



“ Cuando sea pequeño volveré a tejer finieblas. Sábanas que me silencien bajo las olas, bajo las olas que ya escogí.”

Son los versos finales de “Los peligros”, poema de este libro de David Hevia que hoy presentamos. Se trata de su primer libro y se trata, dicho está, de poesía.

¿Es una poesía de “ideas”, se trata de una gestión “poetizadora” de conceptos? Por algunos momentos, lo pareciera. Sin embargo, su percepción del tiempo, motivo peregrino del arte, es más que un juego conceptual la explicitación de una presencia intuitiva.

“A menudo el tiempo se pasó por mí con su traje de niña hermosa...”

Al prologarla, dice Liliana Salinas que la poesía de David Hevia “es una apuesta por el cuerpo” y así lo confirmaría el título del poemario: “Historia de la desnudez”. Acertada aproximación, todos podemos verlo, pues se trata del propio cuerpo, de su lugar en el tiempo, y ello a través de la particularidad de cada experiencia, o escena si se quiere, de cada espacio en que se desenvuelve este viaje.

Ocurre en el mundo del arte que nuevas modas y modos cambian el punto de mira, aquel desde donde se ve el mundo y se consideran a sí mismo el creador. Ya se trate de la naturaleza sola o del hombre solo, ya de ambos en sus cambiantes relaciones, lo cierto es que las búsquedas se multiplican y los caminos suelen bifurcarse. Pero siempre, cuando de arte auténtico se trata, están en un primer plano la emoción que, aunque disfrazada de escepticismo, de intelectualismo, es la primera llave para ingresar al paraíso de lo particular. Y entre esas modas que se van abandonando para más tarde retomadas, más que con nuevos bríos diríamos que con nuevos, distintos alfabetos, está sin duda el tópico del amor. Del amor físico, pues habrá que convenir que el término es lo suficientemente activo como para aceptar otras derivaciones, ya sea a lo místico, ya sea a lo lírico.

Y este libro de David Hevia, es al menos lo que he percibido tras atenta lectura, es ciertamente un libro de amor, del “buen amor” diría alguno, del eterno amor señalaría otro. Del amor “de los cuerpos”, advierte y precisa desde ya su título.

Para apreciar una obra de arte, cualquiera sea: pintura, música, poesía, es aconsejable considerarla en su integridad y en su particularidad. Y en su lógica interna, subrayemos.

¿Qué se quiere decir con eso? Pues, que un recurso que pueda ser legítimo, o necesario, en una obra —un trazo de color en el cuadro, un adjetivo en el poema— puede disonar en otra. Y es que lo que llamamos equilibrio en tales casos, no es sino la pertinencia del recurso a que se acude. Y por eso es que, decíamos, cada obra debe juzgarse por sí misma y en sí misma.

Dicho todo esto, si tras una mirada de conjunto y en particular, este libro de David Hevia nos pareciera “anivico” en el sentido que estamos proponiendo, sería señal de “obra de arte”. Y

que lo que en otros contextos pudiera parecer “forzado” o no pertinente, aquí se halla justificado.

Hevia tiene al menos dos registros. En uno, va proponiendo escenarios, argumenta lo que venía afirmando o descubriendo. Veamos, a este respecto, lo que nos muestra su poema “El mismo sitio”:

“Considero escrita la última hoja del árbol que desentona en los cementos mientras los goznes de la acción no traigan otra cosa que la velocidad encanecida por las calles y sus fotografías indiscretas”.

Son los primeros versos. Instalación de un escenario, pero no “objetivo”, distante, autosuficiente, sino desde el comienzo mismo “intervenido” por el hablante: “considero...”

Luego, los 5 versos siguientes son ya otra cosa que una descripción: “El hombre que se desliza ligero lo hace más por cosumir que por distinguirse de los húmedos muros de sus conceptos”.

Aquí el “distinguirse” puede leerse como “notarse”, “ser visible o visualizado”; o, segunda opción, “diferenciarse”, liberándose, en el texto, de “sus conceptos” adjetivados con un “húmedos” que desvaloriza aun más su carácter de “muros”, lo que debemos entender como obstáculo, encierro dogmático, etc.

Es “el otro registro” de este escritor.

Pero, continúa el poema, uno de los más extensos de esta colección, y el hablante lírico describe lo exterior, un exterior dinámico, novedoso, “histórico”, en el sentido temporal, pues “nada está”, “son”. Y todo ello, organizado desde la conciencia, ciertamente en conflicto, del hablante.

La estrofa final pareciera una conclusión en la que se mezclan la intuición, gestión en sí misma única e irrepetible; con una cierta exigencia lógica, casi sentenciosa, que juega de corolario:

“El hombre que ignora los reflejos cierra los ojos para ver la transparencia de las hojas infinitas del árbol velado por sus sueños”.

Han vuelto las hojas del árbol con que se abría el poema, y “los reflejos” que “el hombre” —el hombre llevándose “ignora” —o sea, desprecia— han sido desechados en los versos precedentes por no aptos para servir a “un sistema de silencios elípticos...”

Se ha impuesto la intuición, y ante su omnipotencia la lógica ha debido inclinarse porque así lo requiere la obra cumplida.

Ciertamente, ésta es mi lectura, subrayo el “mi”, y cualquiera puede disentir o instalar otra versión, porque estos poemas los ha “leído” de otra forma... Lo que importa, permitámonos afirmar, es que una obra de arte nos afecte de tal manera que sea casi imperioso “comprenderla”. Y esto sería algo así como la “prueba de calidad” de la obra, pues se la está declarando “no desechable”.

Hay algo de escueto, en esta obra. Como si el autor no se dejara llevar por la tentación de buscar “la belleza”, en imágenes o metáforas. Más bien todo



juega a un simbolismo en que los estados de conciencia se van articulando como en un espacio compartido en el que se despliegan en medio de los elementos, naturales y urbanos, y, sobre todo, en medio de sí mismos. Se logra, así, una suerte de sistema cerrado, autosuficiente, en que verbos y sustantivos, formas y colores —escasos, estocados y afirmaciones se revelan solidarios y necesarios.

Para terminar, una legítima sospecha: la de que al final de cuentas esos cuerpos que transitan por esta “historia de la desnudez” no sean más que un pretexto, un buen pretexto, para una introspección más profunda, que com-

promete a la historia y los mitos que también la conforman, y ante los cuales debe el hombre optar. Aquí, el poeta lo hace por sí mismo:

“El recuerdo de que una vez al menos recogí los tristes sabores del mito mientras los demás corrían a invocar los pedidos del aguacero”. Palabras finales de “Entonces”.

FERNANDO QUILODRÁN  
CAFÉ BRASIL, 24 DE MARZO 2011.

**AUTORÍA**

Quilodrán, Fernando, 1936-2017

**FECHA DE PUBLICACIÓN**

2011

**FORMATO**

Artículo

**DATOS DE PUBLICACIÓN**

La poesía según David Hevia [artículo] Fernando Quilodrán.

**FUENTE DE INFORMACIÓN**

[Biblioteca Nacional Digital](#)

**INSTITUCIÓN**

[Biblioteca Nacional](#)

**UBICACIÓN**

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile